

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 8 de Noviembre de 1917.

Número 41.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

El parto de los montes

Quedamos el número anterior en que la crisis no se había resuelto la mañana del martes.

Fracasado Sánchez de Toca, se le encomendó la misma misión á García Prieto, quien no la aceptó por creer que debía formarse el ministerio con elementos de las izquierdas, y entonces se llamó á Maura, que después de avistarse con Dato, Romanones, García Prieto, Cambó y no recuerdo si alguno más, resignó sus poderes también.

Los del Requeté maurista, creyendo segura la entrada en el poder de su jefe, hicieron tales demostraciones de júbilo y entusiasmo gritando por las calles ¡Maura, sí!, que incitaron con esto á que el público gritara ¡Maura, no!

Hubo en varios puntos bofetadas, palos, detenciones y atropellos de la policía, que recayeron, como era de esperar, en los que daban el último de esos gritos. Igual ocurrió en Valencia, Barcelona, Gijón y otras poblaciones al llegar por telégrafo la noticia de que el hombre de 1909 había sido encargado de formar ministerio.

A renglón seguido fué llamado de nuevo á Palacio García Prieto y después de mil peripecias que ya no hacen al caso, formó este ministerio en que predominan las derechas.

Presidencia, marqués de Alhucemas.

Estado, Sr. Alvarado. (Este renunció al cargo, eucargándose interinamente de la cartera García Prieto.)

Gracia y Justicia, Sr. Fernández Prida.

Gobernación, D. José Bahamonde.
Guerra, Sr. La Cierva.

Hacienda, Sr. Ventosa.

Marina, Sr. Jimeno.

Fomento, Sr. Alcalá Zamora.

Instrucción pública, Sr. Rodés.

La estupefacción que produjo este final de la crisis que había durado ocho días, fué inmensa, sobre todo por la entrada de La Cierva en Guerra, mil veces más odioso y odiado que Maura.

Hubo quien atribuyó este nombramiento á manejos ó deseos de las Juntas de Defensa, pero éstas se apresuraron á desmentirlo por conducto de su órgano en la Prensa, *La Correspondencia Militar*.

Esto es, á grandes rasgos y sin pararnos en detalles importantes, que darán juego en lo porvenir, lo ocurrido durante ocho días, y que nos lleva fatalmente á esta conclusión:

La Monarquía no cuenta con hombres que puedan prolongar por mucho tiempo su existencia.

De lo cual debemos felicitarnos los que amamos á España.

MINISTRO IMPUESTO

¿Que cómo me explico la entrada de La Cierva en Guerra?

Por el empeño que hay en dividir á las Juntas de Defensa.

Sin duda se han dicho alguien:

«La opinión, no explicándose cómo ha podido volver á ser ministro ese hombre funesto, atribuirá su entrada á exigencia de los militares; esto hará que se ahonde más y más la división entre el Pueblo y el Ejército, y entre las mismas Juntas de Defensa, y

Resultado: el dualismo en las Juntas de Defensa, que acabará al fin con ellos.»

Posible es que se equivoquen los que así hayan pensado.

Y si no, al tiempo.

Nota oficiosa del Gobierno

«La trascendencia del momento político actual y la gravedad de los problemas planteados han impuesto á los hombres que constituyen el actual Gobierno el deber de patriotismo de unir su esfuerzo y su colaboración en una obra común, á pesar de la diversidad y aun oposición de sus respectivas procedencias y de sus particulares convicciones, que íntegramente mantienen.

No es una fusión, sino una unión circunstancial y transitoria, encamina-

da á continuar la política de neutralidad que ha mantenido España desde el comienzo de la guerra; á ejercer una acción inmediata y vigorosa en la resolución de los problemas económicos que las circunstancias plantean con apremio inaplazable; á prestar desde luego la debida atención á las primordiales cuestiones relacionadas con la defensa nacional, y á convocar unas nuevas Cortes elegidas con abstención de toda intervención gubernativa, en garantía y seguridad de lo cual adoptará el Gobierno medidas y resoluciones adecuadas.

Es propósito del Gobierno que las ansias de renovación que siente la sociedad española encuentren cauce normal de realización en un Parlamento que sea representación fiel de la voluntad soberana del país y que con plena autoridad legal y moral pueda deliberar y resolver acerca de los problemas de orden político, económico, jurídico y social que afecten á la vida y al porvenir de España.

Durante el tiempo indispensable para que pueda empezar á funcionar el nuevo Parlamento, el Gobierno reclama, y espera merecer, de la opinión del país un crédito de confianza para atender á la resolución de todas aquellas cuestiones que en las circunstancias presentes no admiten demora.

Consignadas estas declaraciones, cree el Gobierno oportuno añadir otras que sean complemento y comienzo y ejecución de alguna de ellas.

El Gobierno, que hubiera deseado llevar á la presente renovación de Ayuntamientos las normas todas en que ha de inspirar su conducta electoral, aplazando para ello la convocatoria, ha creído, sin embargo, que la delicadeza y el deseo de no perturbar la vida local le obligaban á desistir de su primer pensamiento ante la realidad de las proclamaciones ya definitivas hechas en el día de hoy.

Recobrado el uso expedito de todas las facultades del Gobierno, después del período electoral, anuncia un criterio de severo y detenido estudio para todo recurso que se entable legalmente.

Es también propósito del Gobierno que se asiente la composición y constitución de los Ayuntamientos sobre la voluntad de los electores á través de sus elegidos, reservando para casos excepcionales el uso de las facultades gubernativas del nombramiento que otorgan las leyes.

Por su parte, los Sres. Ventosa y

Rodés entregaron también una «nota», explicando su actuación en el Gobierno, que está redactada en los siguientes términos:

«Sin perjuicio de la declaración ministerial que han suscrito y que ratifican los Sres. Ventosa y Rodés, entienden que deben definir ante la opinión pública su situación personal dentro del actual Gobierno en relación con los compromisos por ellos contraídos con el país; y, al efecto, declaran que mantienen íntegra su adhesión a los acuerdos adoptados por la Asamblea extraoficial de parlamentarios, y que sin merma de la libertad de acción y de criterio de sus compañeros de Gabinete, están dispuestos a sostener dichos acuerdos ante el país y a procurar que las nuevas Cortes que, á su juicio, deben actuar en funciones de Constituyentes, les den eficacia legal y transcendencia práctica.»

Nota de las izquierdas

«Los elementos de la extrema izquierda de la Asamblea han examinado la nota oficiosa publicada por el Gobierno. Están seguros de que su lectura representará una enorme decepción para el país.

No hay en ella nada que recuerde el compromiso sellado por los parlamentarios en la Asamblea.

Nada de la convocatoria de Cortes Constituyentes. Nada que se refiera, directa ó indirectamente, á la reforma constitucional. Nada que afecte á los otros problemas discutidos y á los acuerdos adoptados por la Asamblea. Nada de autonomía municipal ni regional de Cataluña, ni de las demás regiones. Nada, por último, que asegure la amnistía, como inmediata y obligada reparación de los últimos sucesos.

La nota adjunta á la del Consejo, firmada por los dos ministros regionalistas, ó no significa nada ó entraña la renuncia á los ideales de la Asamblea, puesto que los elementos heterogéneos que componen el Gabinete no aceptan esos puntos de vista, que sus dos compañeros intentan salvar con una tímida declaración.

En su consecuencia, los asambleístas reunidos acuerdan declarar que la solución de la crisis y la estructura de este Gobierno no responden á los anhelos de renovación patriótica que con tanta intensidad se vienen manifestando en el país desde el día 1 de Junio, y que la entrada en ese Gobierno de los elementos regionalistas significa un abandono de los ideales comunes á toda la Asamblea.

En vista de ello, los elementos de la izquierda de la Asamblea, en unión de otros asambleístas, se consideran obligados á continuar su obra con más ardor que nunca, y para comienzo de la nueva etapa celebrarán en breve una reunión.»

Uno que protesta

La marimorena que se armó con la formación del nuevo Ministerio ha sido estupenda.

El Sr. Alba dirigió al día siguiente de la jura esta carta al que fué su jefe:

«Excelentísimo señor marqués de Alhucemas.

Mi distinguido amigo: Conocida como me es ya la composición del nuevo Gobierno, he de declarar á usted, aunque no creo que ello haya de producirle sorpresa alguna, que la estimo por entero distinta y aun contraria al criterio unánime que prevaleció en la última reunión de los ex-ministros liberales y del que fué expresión fiel la nota oficiosa por usted mismo redactada.

Este singular suceso y todos sus actos concomitantes con la solución de la crisis, hácenme suponer en usted manifiesto el propósito de romper por sí el acuerdo de las mayorías parlamentarias que le elevó á la jefatura del partido liberal en Julio último.

No puedo ni debo yo, por delicadeza y por patriotismo, oponerme á su de seguro bien meditada resolución. En tal sentido, expreso á usted mi conformidad con aquel acuerdo suyo, en el cual le corresponde iniciativa y responsabilidad plenas.

Y en nombre propio y en el de los diputados y senadores que me honraron con su confianza para otorgarle la mayoría de votos que vino á consagrar en usted la más alta representación del partido, nos declaramos desligados de su disciplina personal; rechazamos solidaridad alguna con los actos del nuevo Gobierno, y anunciamos á usted, como lo haremos público hoy mismo, nuestro propósito de buscar, primero en la opinión del país, con absoluto desembarazo, y después, en cuanto sea posible, en el Parlamento, los medios más eficaces para imponer una política francamente orientada hacia la izquierda, tal como aquélla á que respondieron mis declaraciones últimas.

Entonces tuvo usted la bondad de expresar públicamente que el programa parlamentario por mí expuesto podría ser contenido fecundo para una inmediata actuación del Parlamento, sin otra salvedad que la relacionada con el problema regionalista. No creo que hoy, con mis dignos amigos los Sres. Ventosa y Rodés al lado, pueda usted perseverar en semejantes escrúpulos.

En todo caso, terminado el silencio que por dignidad y por respeto al rey nos hemos impuesto durante el curso de esta deplorable crisis, mis amigos y yo mantendremos tal programa, fieles á la significación política, económica y social de un partido liberal digno de este nombre en una Monarquía sinceramente constitucional y parlamentaria, como la de Inglaterra ó la de Italia. Ello será—el tiempo ha de decirlo—la única reserva que quede para un porvenir muy próximo.

Jamás habría osado yo acometer esta empresa si las circunstancias me permitieran el derecho de opción. Después de lo sucedido, mi conciencia me dice que no lo tengo. Yo no quiero verme más en el caso de elegir entre parecer inquieto ó ambicioso, y asociarme á actos ú omisiones que juzgo por momentos el prólogo de una gran catástrofe.

Me despido políticamente de usted, sin

gratitudes que estimar, pero también sin agravios que vencer. Le deseo todo el acierto que España reclama de su primer ministro y le reitero la seguridad de mi amistad y de mi consideración personales.—S. Alba.»

Como soy partidario acérrimo de todo el que se indisciplina, felicito á Alba.

Figura desdibujada

De seguro que si va preguntándose uno por uno á todos los que se llaman mauristas sobre la condición que admiten más en su jefe, responderán en su mayoría: La entereza de carácter. Aun muchos que han combatido á Maura no le han negado cierta firmeza, cierta arrogancia que le elevaba entre los políticos actuales de espinazo demasiado flexible.

Solamente eso ha sostenido la figura de Maura. El paso de este hombre por el Gobierno, si se exceptúa un episodio, no ha dejado huella alguna que le salve de la insignificancia y el olvido; si se cuenta ese episodio, su vida de gobernante ha sido un gran error que no podrá expiar nunca, pero que define una personalidad—triste personalidad—. Hacen mal, por esto, quienes á título de mauristas pretenden exculpar á Maura achacando el 1909 á fatalidad de los acontecimientos. Sin el 1909 no habría mauristas, ni maurismo, ni Maura. (Ni algunos republicanos, iba á decir.) Sólo los hechos grandes, de cualquier orden que sean, engendran pasiones. Me inclino á pensar que lo menos que podemos exigir á un hombre que comete un gran error es que persevere en él.

¿Qué queda de Maura después de la crisis pasada? Maura mendigando favor de los del «corro»; Maura visitando á Romanones de cuyas manos no recibiría nunca el Poder, ni, con más razón, nada que valiera menos; Maura visitando á Dato sobre quien arrojó su desprecio y su anatema; Maura expuesto á la humillación, la más cruel de todas, de que esos dos hombres le concedan el apoyo que les pedía.

Por la Corona ha dicho que descendía de su olímpico asiento. Nadie tanto como él nos enseñó que la Corona no era digna del servicio de hombres que se estimaran en algo; poco se cuidó del quebranto que pudieran ocasionarle las cartas con que anunció su retirada de la política, su decisión de no concurrir á más consultas, su actitud en diferentes momentos de la vida pública española. Pero supongamos, que realmente en el Sr. Maura el amor á la Corona sea lo único inquebrantable. Nos ha engañado. No era eso lo que habíamos visto en este hombre ni lo que él mismo se cuidó de que viésemos en él. Podrá estar mal ó bien esa devoción que lleva hasta el sacrificio de la conciencia; pero Maura nos

advirtió siempre que no era hombre que sintiese esos amores místicos más que hacía su propio sentimiento; amor éste en que pudo encontrar sobradamente donde satisfacer su espíritu de sacrificio. ¡Pues apenas ha de sacrificar nada quien vive á bien consigo mismo!

En daño de Maura se ha dado, además, la coincidencia de que la decisión de abandonar todo por salvar la Corona haya ido acompañada de su llamada al Poder. Otras ocasiones tuvo de hacerlo, en tal manera que ni el más sutil y mal intencionado hubiese podido tacharle de acariciar pequeñas ambiciones: No dando a la publicidad ciertas complicidades entre el régimen y los partidos de turno; no haciendo lo posible por inutilizar a los hombres que son, hoy por hoy, solos a sostener el edificio monárquico (prueba de esto es que, apenas ellos imposibilitados de gobernar, el edificio se cuarteó); de mil modos, en fin, distintos de éste.

¡Pobre Maura, Cincinato en caricatura! ¡El, de posaderas tan delicadas, que temía se le eurojeciesen al sentarse en el banco azul después que el conde de Romanones, ¡que mortificante calor debe de sentir en ellas ahora que el régimen, el «corro» y la opinión le han aplicado la punta de la bota!

Asamblea de parlamentarios

Discurso pronunciado por Roberto Castrovido en la sesión celebrada en el Ateneo el martes 30 del mes último. Está copiado de *El País*.

«El Sr. Castrovido: Se levanta á hablar visiblemente emocionado, y comienza diciendo que no quería hablar en este acto, y que no habría hablado si no le moviera á hacerlo el traer aunque inmerecidamente la representación de Pablo Iglesias, que á su vez ostenta la del partido socialista, la del proletariado español.

Dice luego que él se declara huelguista honorario, en contraposición de los villanos convertidos en policías honorarios. (Risas y aplausos).

Con acentos de honda sinceridad hace la declaración «de que con un ejército como el que hay en España, con Código de justicia militar y ley de Jurisdicciones, después de la represión de Agosto, traída por ese ejército, no quiero nada, nada, ni aun la República española.»

(Frenética ovación, que dura largo rato é impide oír los párrafos siguientes.)

Hace un calurosísimo elogio del proletariado escarnecido, vilipendiado, calumniado por el Poder público, por la mentira del ridículo y del dinero extranjero.

Alude á los reformistas, diciéndoles son víctimas de análogas maniobras.

Rechaza la afirmación de que el movimiento de Agosto haya sido hijo de la Asamblea de parlamentarios, calificándola como una de las menos graves calumnias urdidas por el Gobierno.

Ese movimiento fué hijo de la complicidad del Gobierno y Compañía del Norte, que lo provocaron con la huelga ferroviaria, desnaturalizando este hecho vulgar por lo corriente de las huelgas gene-

rales por solidaridad, y cita, entre otros, la de 1916, en que intervinieron los mineros de Asturias.

Al evocar el recuerdo de estos proletarios, les saluda efusivamente y les rinde un tributo de cariñoso respeto.

Recordando la propuesta de amnistía, dice que él tiene que declarar, á nombre de Pablo Iglesias, del partido socialista y del proletariado, que no la piden, que no piden, que no solicitan absolutamente nada á los Poderes actuales, pero en su propio nombre, como republicano, como ciudadano y como diputado, demanda con la amnistía, la reposición de la equidad de la justicia.

Y esa petición es un deber que tienen de formular con nosotros la burguesía, la alta magistratura y el ejército (Aplausos); porque no habrá semejante justicia mientras estén en libertad los que en 1.º de Junio hicieron una sedición impunemente y están en los penales de Cartagena y del Dueso los que no han delinquido. (Grandes aplausos.)

Querido amigo Castrovido: Uno mis aplausos á los que le prodigaron cuantos oyeron sus nobles y valientes declaraciones, excepto en la parte relacionada con el Ejército. Si otro que usted las hace, acaso no las hubiera yo tomado en cuenta. Pero adquieren tal autoridad por ser suyas, que creo un deber no dejarlas pasar sin oponer les algunas observaciones.

Además, suprimiendo que el martes pudo usted haber leído el folleto *La dictadura republicana*, reproducida íntegramente en el último número de EL MOTIN, quiero proporcionarme la satisfacción de creer que indirectamente me aludió. ¿Mas qué estoy diciendo? ¡No, no! Si usted tiene intención de aludirme, lo hubiera dicho con su innegable y por todos reconocida sinceridad. Perdóneme la suposición absurda.

Y allá van ahora algunas de las observaciones de que he hablado.

El Ejército no es desde hace mucho tiempo lo que debiera. Conformes en esto. En vez de brazo de la patria, ha venido actuando de defensor de las instituciones que nos han dado los gobiernos de que ahora abomina él, y con harta justicia. ¿Pero debemos condenarle los que lo aplaudimos cuando en esa actitud se colocaron tan gallardamente las Juntas de Defensa el 1.º de Junio, actitud claramente demostrativa de que había vuelto los ojos á la madre común, y que le preocupaban nuevamente sus angustias, sus dolores, tanto como le sonrojaban sus degradaciones y sus cobardías?

¿Que al adoptar esa actitud faltaron á la disciplina? Siempre hemos sostenido que no cometen esa falta los que se ponen al unísono con la voluntad nacional; y lo hemos probado, solicitando el concurso del Ejército para las empresas revolucionarias. Mas yo niego que en esta ocasión hayan faltado á la disciplina. Y me fundo en esto. Sus superiores gerárquicos, de creerlo así, les hubieran aplicado alguno de los tremendos castigos que las leyes

militares imponen á los indisciplinados. Y no lo han hecho. Y departen con las Juntas. Y hasta las consultan. Luego no creen que hayan faltado á la disciplina.

¿Que no las castigan porque pueden disponer de fusiles, ametralladoras y cañones? Justificado estaría ese temor en los hombres civiles, no en los militares, que tienen el ineludible deber de ahogar los conatos de indisciplina donde quiera que se presente, aun exponiéndose á perder la vida. Y yo no quiero ofender á las altas autoridades de la milicia suponiéndolas más apegadas á la vida que al cumplimiento de su deber.

Pero voy más lejos. Admitamos en hipótesis que a algún día caveran algunas fuerzas militares en la tentación de indisciplinarse. ¿Tendríamos derecho á condenarlas los que aplaudimos las insurrecciones que causaron la muerte de Ferrándiz y Belés, Mangado, Cebrián, los cuatro sargentos fusilados en Santo Domingo de la Calzada, y Bartual en Cartagena; que llevaron á presidio, donde murió, al brigadier Villacampa, al teniente González y á tantos otros, y á la emigración á multitud de jefes y oficiales? No, no tendríamos ese derecho. Sería escarnecer su memoria, profanar sus tumbas; deshonrarlos.

¿Que en la represión de Agosto último hubo algunos militares que se ensañaron con las masas indefensas, traspasando las órdenes recibidas? Para juzgar si las traspasaron, habría que saber las que les dieron, y yo no las sé. Pero admito que así fuera. Protesto con doble vehemencia que el que más contra quienes tal hicieron. Pero contra ellos solos, contra ellos solos, no contra el Ejército entero. Aparte de que las faltas son personales, detendría mi pluma el temor á englobar en la condenación á Galcerán, Mangada y Arronte, que tan indiscutibles pruebas han dado de que antes que al espíritu de cuerpo, atendieron al de justicia. Y este otro temor me detendría también: que se juzgase al partido republicano por las faltas que cometieran ó hubieran cometido algunos de sus individuos; pues en cuyo caso, maldito el prestigio que le quedaría.

Y voy á ampliar aquí el argumento que antes hice.

Yo no olvido, yo no quiero olvidar, yo no debo olvidar que al Ejército pertenecieron los que implantaron la libertad en España el siglo pasado, y los que, después de la restauración, perdieron la vida, llenaron los presidios, ó cayeron poco á poco víctimas de la miseria, por haberse alzado en favor de la República, mientras nosotros, los que siempre la tenemos en la pluma ó en la boca, vivimos todavía, habiendo algunos recabado el derecho á que no se les confunda ya con el proletariado.

¡El proletariado! He abogado por él desde que comencé á emborronar cuar-

tilas, y no ha habido desdicha suya que no me haya conmovido, ni dolor de que no me haya hecho eco, ni atropello ó crueldad con él cometida que no me haya arrancado una protesta. Si en ocasiones combatí á los que se titulaban sus defensores, fué porque, equivocados ó conscientes, no perdonaban medio ni ocasión de zaherir á los republicanos presentándonos como enemigos suyos.

Sí, sólo por esto combatí á los propagandistas del socialismo y del anarquista; y lo prueba el que, desde 1809 en que los primeros se unieron á nosotros para trabajar unidos en la propaganda de soluciones radicales no he vuelto á combatirlos, y eso que á menudo se les escapa algo que justificaría el que yo reincidiese en mis ataques.

Y sin embargo de haber obrado así, no apelo jamás al tópico del proletariado para buscar aplausos, influencia ni votos, como tantos otros que tienen ahora á cada paso al proletariado en los labios.

Pero volvamos al tema.

¿Que no se puede ir con el Ejército á ninguna parte, tal cual está hoy en España? Voy á coincidir momentáneamente con esa apreciación, sólo para fundamentar un argumento.

Cierto, sí; no puede irse á ninguna parte con él. Pero, y con nosotros, con los partidos avanzados, ¿á dónde se puede ir estando como estamos, y siendo además tan poco avisados, que ha podido engañarnos ahora un hombre como Cambó, cuyas ideas separatistas eran conocidas por todos?

Declaro que no sabría contestar al que me dijese esto:

«Como revolucionarios, vienen ustedes probando hace tiempo que valen poco.

»Como políticos acaban de probarlo, llevando inconscientemente al Gobierno á los que siempre combatieron.

»Chillen en los mítines; indignense en la Prensa; no por esto dejará de ser cierto que los han engañado personas en las que nunca debieron confiar.»

No, no sabría qué contestar al que así me hablase.

Y allá va ahora una contradicción en que hemos incurrido:

El Ejército actual era lo mismo que hoy es al lanzar las Juntas su primer Manifiesto que todos aplaudimos por sus tonos patrióticos y viriles; y, sin embargo de ser como es hoy, hubo hombres civiles que trataron, y no los censuro, de ponerse de acuerdo con las Juntas para realizar juntos la salvación de la patria, cuyos males acertaron á pintar tan sobria é imparcialmente. Y una de dos: ó confiesen los que solicitaron su concurso, siendo como eran, que pensaron utilizarlos como instrumentos, ó declaren que al dirigirse á ellas fué por creer á quienes las componían perfectos caballeros y abnegados patriotas.

Si en Junio, cuando manifestaron sus aspiraciones las Juntas de Defensa, hubiese habido un partido republicano unido y compacto, todo hubiera sido fácil y hacedero. La identidad de miras hubiera unido al Pueblo y al Ejército sin necesidad de solicitudes mutuas. La atracción del acero por el imán no se verifica con más rapidez que la nuestra se hubiera verificado.

Los males que las Juntas exponían, eran los mismos expuestos años y años por nosotros; nuestras aspiraciones, iguales á las suyas. ¿Cómo no habíamos de coincidir en los remedios, habiéndonos limitado á aplaudir á los que se nos habían anticipado por no contar nosotros con medios adecuados, medios que pudimos arbitrar sólo con haber prescindido de fantocherías ridículas, y de fiestas cursis, y de banquetes para conmemorar fechas que deberíamos haber hecho olvidar realizando actos más grandes que los que ellas nos recordaban?

¿Que las Juntas se hicieron oír porque contaban con la fuerza material? Ciertamente. Mas ¿esto qué demuestra? Que aun teniendo razón, no estorba disponer de fusiles, ametralladoras y cañones, que pueden apuntarse, llegada la ocasión, hacia donde el bien de la patria reclame.

¿Que el Ejército vive apartado de nosotros? Algo hay de esto, ¿pero es que hemos hecho nosotros algo para atraerlo? ¿Le hemos ofrecido en las alturas constantes y firmes ejemplos de abnegación, desinterés y convicción? ¿Les hemos dado á entender siquiera con nuestras resoluciones y nuestros actos, que cumpliríamos en el poder las promesas hechas en la oposición?

¡No, y cien veces no! Antes bien hemos hecho mucho para que no nos consideren carne de su carne y hueso de sus huesos, que es lo que realmente somos.

Republicanos:

Hay que variar por completo de conducta, si deseamos de veras regenerar la patria; y lo primero que se nos impone es regenerarnos nosotros, para que cuando vuelvan á ocurrir sucesos como los de Agosto, no nos encontremos sin organización, sin orientación, desconcertados completamente; así no podrán los gobiernos prender cien inofensivos desconocidos por cada significado que en nada interviene; ni dar órdenes á la fuerza pública de hacer fuego sobre masas hambrientas y desarmadas compuestas principalmente de niños y mujeres que caen destrozados en la calle, ni inventar noticias pífidas, ni lanzar calumnias infames á fin de mantener la alarma que les permita cometer impunemente iniquidades y asesinatos, sin que la opinión se alce potente.

Y, sobre todo, hay que poner nuestros actos en consonancia con nuestras palabras, compartiendo con el Pueblo

que impulsemos á la lucha los peligros á que lo exponemos.

En este mismo movimiento, tan infuamente reprimido como torpemente preparado, ¿cuántos republicanos y socialistas de alguna significación hemos mezclado nuestra sangre con la de los infelices niños y mujeres del proletariado, condenados á muerte por un Gobierno de histriones incapaces, que encargó al Ejército sofocar un motín que pudo en Madrid contrarrestar la policía, con el exclusivo propósito de abrir una zanja muy honda que impidiera la unión de las dos únicas entidades que, unidas, pueden regenerar á España?

Ninguno, dicho sea para vergüenza de todos.

Hay que dejarnos también de brauconerías que nunca justificamos.

¿Creemos que solos, por nuestro propio esfuerzo, podemos traer, imponer y conservar la República? Pues no pensemos más en el Ejército, y á ello. ¿A qué aguardamos? Cada hora que pasa equivale á un siglo de angustias para el proletariado que tenemos el deber de redimir. Traer la República es lo más fácil del mundo. Que en dos ó tres días se reciban en Madrid quinientos ó seiscientos telegramas anunciadores de la aparición de otras tantas partidas (diez ó doce por provincia), y no digo el Ejército actual, el de Jerjes sería impotente para acabar con ellas, mucho más si á su frente nos pusieramos los que escribimos y hablamos revolucionaria, aunque sossegadamente.

Pero mientras no hagamos esto, ó algo parecido, procuremos, aunque sólo sea por egoísmo, no divorciar del todo al Pueblo y al Ejército, que es á lo que los reaccionarios aspiran, para retardar el momento en que se entiendan, pues saben que algún día acabarán por abrazarse y confundirse para trabajar unidos por la honra, el engrandecimiento y la seguridad de España.

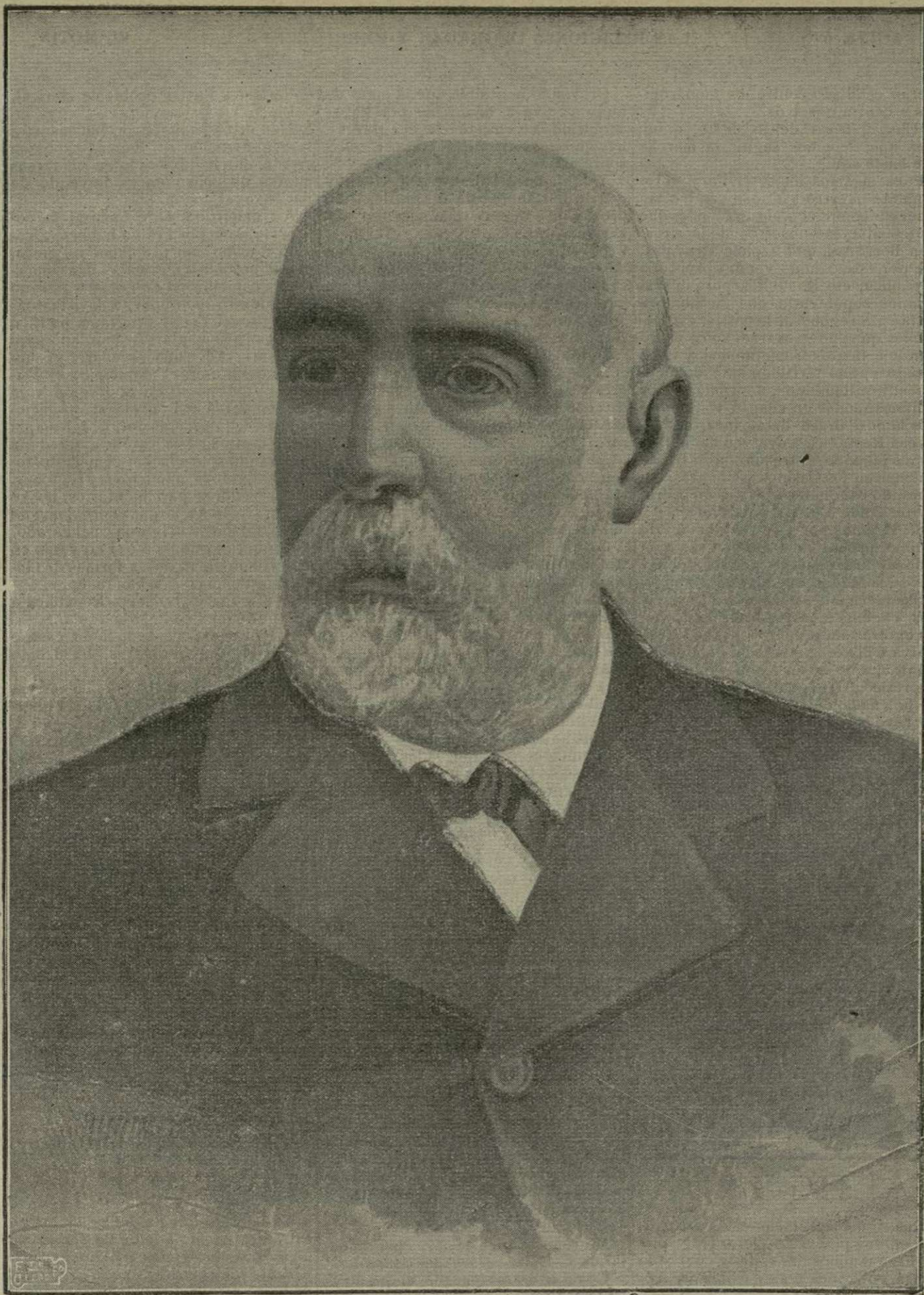
Lo ocurrido en Agosto, aunque deplorable, no debe quitarnos la esperanza de que tal suceda.

Los ríos de sangre pueden vadearse: pruébalo el que los vencedores y los vencidos de 1866 derribaron unidos el trono en 1868.

Los que no pueden vadearse son los pantanos de cieno.

Y entre el Pueblo y el Ejército no existen esos pantanos.

Podremos algunos, en un momento de disculpable pesimismo, juzgar duramente al Ejército recordando ciertos episodios de la represión de Agosto; mas lo que no podremos negar, es que hasta que ellos, los militares, no lanzaron su protesta en 1.º de Junio, nosotros, los que alardeamos constantemente de revolucionarios, nos contentábamos con hacer demostraciones verbalistas de que lo éramos; cómoda postura en la que hubiéramos continuado hasta que los cóleras acumuladores del paciente pueblo español hu-



José Nakens, tal cual era en Marzo de 1903, cuando se pactó la Unión Republicana que él había iniciado, propagado y defendido, y de la que fué arrojado en 1905, por pretender [el muy exigente], que respondiera á los fines para que fué pactada.

Ayuntamiento de Madrid

bieran estallado contra los monárquicos y contra nosotros.

¿Hay, á pesar de lo dicho, quien crea que debemos seguir la marcha que hasta aquí?

Pues sigamos impertérrita y varonilmente nuestro glorioso camino sin tener concomitancia alguna con los que protestan como nosotros de la situación horrorosa que España atraviesa, que por este camino vendrá pronto la República; esa República porque suspiramos suponiendo que su nombre basta para regenerar la patria; esa República que podemos traer solos escribiendo artículos tremebundos y celebrando mítins terriblemente demolidores; insultándonos, deprimiéndonos y difamándonos en cuanto vislumbramos la posibilidad de alcanzar un acta; esa República cuya venida anticipamos jugando al tresillo, á la brisca ó al mus en los Casinos y Comités; celebrando banquetes los 11 de Febrero, y vitoreando á éste ó aquél jefe

Si; sigamos por este revolucionario camino, procurando, aunque sea ayudados indirectamente por los gobiernos de la Monarquía, llegar al templo de las leyes á desdoroarnos ante nuestros enemigos; á pasarnos legislaturas enteras sin proponer nada que resuelva ó alivie la situación económica del país; á no alzar la voz contra las empresas privilegiadas; á no hacer, en fin, nada de lo que ofrecemos en las revolucionarias alocuciones electorales y decimos en los mítins donde nos comemos los niños crudos.

He escrito más de lo que pensaba, querido Castrovido, por ser usted el que me ha dado el tema. Tenga por no dicho lo que le desagrada y permítame acabar poniendo una sonrisa en los labios de mis lectores.

Hay en castellano una frase, que es injusta, pero que se repite por algunos con deplorable frecuencia; esta: «No se puede vivir con las mujeres, ni sin ellas.»

Parodiándola—y dispénsenme los militares el símil, tan injusto como la frase—digamos con la resignación que es forzoso tener ante lo inevitable: «No se puede vivir con el Ejército, ni sin él.»

De usted como siempre, amigo Castrovido y admiriéndole cada vez más como periodista ilustre, republicano convencido y hombre honrado.

JOSE NARENS

ALEGORÍA

Las siguientes líneas están inspiradas en una poesía de Víctor Hugo que leí hace muchos años, de la cual sólo conservo la idea y aun ésta muy borrosa:

Es en Rusia y en invierno.

El frío congela los ríos hasta un punto, que personas, carros, hasta trenes de artillería se deslizan sobre su superficie.

Creiendo imposible que la masa de hielo vuelva á liquidarse por haber adquirido la consistencia del granito, hay quien se atreve á edificar casas sobre ella.

Y allí se trasladan, y allí viven y gozan, burlándose de los prudentes ó precavidos que permanecen en sus antiguas moradas.

Pero pasan los días, la primavera se aproxima, y el sol, oculto hasta entonces, aparece débilmente por entre los vapores de la niebla.

Lo ven, y sin embargo, no se alarman. Sus rayos no tienen fuerza ni para reblandecer un átomo de hielo.

A los pocos días la luz del sol es más viva, pero como la superficie permanece tersa, la población sigue divirtiéndose y corriendo de un lado á otro.

De pronto se oye un crugido, que repercute aterradoramente en el corazón de los que tan seguros se creían, al que no tarda en seguir otro, y otros mil después.

Gritos, blasfemias, imprecaciones, rezos y lágrimas salen á la vez de aquella multitud que quiere ponerse en salvo; mas ¡ay! es tarde ya.

Un témpano rechina por aquí, arrastrando un hombre al hundirse... una enorme masa de hielo desaparece por allá con todo lo edificado sobre ella... Y palacios, casas, trenes, carros y hombres, todo cuanto se asentaba sobre el hielo, desaparece en revuelta confusión bajo las aguas.

A quién culpar aquí, ¿á los que olvidándose de las leyes físicas edificaron imprudentemente sobre el hielo, ó al sol, que indispensablemente debía asomar su faz esplendorosa después del invierno?

Lo mismo ocurre actualmente en España.

Ha aparecido en el horizonte el sol de la Justicia, y comenzado el deshielo

QUE SE SEPA

Los hombres de valor y decisión, los convencidos que nunca se cubren con la máscara de la hipocresía, tienen que apuntarse en su Haber una decepción más, tanto más terrible ésta, cuanto que los causantes son ya, así se llaman ellos, y acaso se lo han creído, la flor y nata de la intelectualidad española; cuando menos han dado pruebas de estar convencidos de su suficiencia superioridad intelectual, al acometer la empresa de fabricar los moldes en que debe fundirse la España nueva.

Me refiero á los señores parlamentarios y á sus cacareadas asambleas.

Como habrá observado el que haya leído con alguna atención la prosa con la que han llenado los diarios sendas columnas, los parlamentarios han rehuido de tratar en sus bases de reforma de la Constitución, del problema religioso, que aquí con más propiedad

deberíamos llamar problema clerical.

Dicen los parlamentarios, cuya labor en otros capitales problemas para la regeneración de España es digna de loa, que han buscado en sus tareas puntos de coincidencia, huyendo de los de divergencia.

Así han tratado de excusar la cobardía que implica el no haberse atrevido á tratar del problema religioso, ni del problema clerical, cuya importancia capitalísima en nuestro país no hay que encarecer, pues á la vista está.

De prevalecer el programa político por los parlamentarios acordado para regenerar á España, quedaría el ciudadano libre en el Municipio, el Municipio autónomo en la Región y la Región autónoma en el Estado nacional; pero, ¡oh sarcasmo!, la Iglesia, la intolerante Iglesia católica, quedaría imperando sobre la conciencia de todos: individuos, municipios y regiones.

Los señores parlamentarios no se han atrevido á abordar el problema de la separación de la Iglesia y del Estado.

Verdad es que, como si creyeran en la accidentalidad de las formas de Gobierno, tampoco nos han dicho, si España al renacer renacerá República ó si continuará siendo Monarquía...

El clericalismo ante la labor castrada de los regeneradores, ha debido sonreír satisfecho.

«Dad, habrás dicho para su sotana, á individuos y pueblos todas las libertades que queráis; poco me importa, mientras me dejéis su conciencia; el aspecto externo de su conciencia cuando menos.

El hombre sometido á la Iglesia, anulará vuestro hombre libre.

A vuestro ciudadano autónomo, yo le opondré el cura.

A vuestra razón soberana, mi dogma inflexible y eterno, por ser la palabra de Dios mismo.»

Para ser sinceros, deben decir estos señores que han ido buscando puntos de coincidencia, que lo que han hecho ha sido un programa para ellos, en el que concretan sus aspiraciones comunes; no hablen de una política nueva, de un programa de regeneración para el país.

Afirmación tal no cabe desde el punto en que la llaga que corroe la entraña nacional, se salva del cauterio y del bisturí de los parlamentarios.

Conviene que la opinión sepa hasta dónde llegan los arrestos de nuestros regeneradores.

CRISTOBAL LITRAN

Barcelona, 1.º Noviembre 1917.

Ya habrá salido de dudas el amigo Litran en cuanto á lo de la forma de Gobierno de algunos parlamentarios.

En lo del clericalismo todo igual; nadie se atreve á hablar claramente y eso que es el problema principal que tiene España.

A continuación va lo que pensaba yo de esto en 1897. Calcúlese lo que pensaré ahora.

La España de hoy

Sí; rebajamiento de caracteres, resignaciones de eunuco, y mucha inmoralidad, y mucha podredumbre, y muchos frailes y devotos por oficio y devotas por vicio... Esto hay en España, más degradada hoy que cuando el Hechizado reinaba.

Lenta ha sido la labor, pero de éxito seguro; corromper, encanallar á los españoles para ponerlos en condiciones de sufrirlo todo, esto se propusieron y esto han conseguido.

El despertar de los sueños de felicidad que los restauradores pintaban, ha sido terrible. Todo ha resultado mentira, menos el robo y el saqueo, durante los veintidós años últimos; mentira el bienestar, pues únicamente vivían bien los que chupaban la savia de la nación; mentira la prosperidad, pues sólo se elevaban los tahures de la política, los usureros del Estado, los agiotistas de la fortuna pública; mentira el orden, pues no era más que la calma que precede á las grandes tempestades; mentira la moralidad, pues en época alguna mediaron más todas las prostituciones, del cuerpo y del espíritu.

Para llamar la atención á otra parte, á fin de poder acabar tranquilamente con el país, pusieron en moda la devoción, recogieron la escoria clerical arrojada de Francia, y hoy está convertida España en un gran convento donde se conspira contra todo lo honrado, se calumnia todo lo digno, se persigue todo lo decente.

No hay vida fuera de la Iglesia; todo, más ó menos directamente, se halla en sus manos; de aquí que se haya atrevido ya á descubrir claramente su propósito de ir matando de hambre al que no puede quemar como en tiempos de la Inquisición, ahorcar como en los de Fernando VII, ó echar á presidio y deportar como en los de Narváez. Ser hoy liberal al estilo antiguo, es decir, con vergüenza, es condenarse voluntariamente á la miseria. Por esto, los ganapanes de azada, título académico ó pluma, como las fregonas de camisa burda ó falda de seda, se acogen á los conventos y asilos; instinto de conservación, no fe religiosa; y como en ellos encuentran alimento, protección é impunidad, acuden á bandadas.

Todo se arruina lentamente en España; sólo la Iglesia se alza poderosa. Todos lloran, sólo la Iglesia canta. Por todas partes quejas, reclamaciones, súplicas... La miseria invade, no ya el hogar del obrero, sino el de la clase media. Los que tienen mucho dan algo, pero es á las gentes de Iglesia, los que mueren, les dejan sus bienes.

Se cierran talleres y fábricas; á los labradores pobres les venden las fincas para satisfacer los impuestos, y no se procede contra los ricos que ocul-

tan las suyas; emigran por millares los jornaleros á Africa y á la América del Sur, y se subvencionan cofradías y fiestas religiosas; se regalan mantos de fabuloso valor á las vírgenes de madera, y las de carne tienen que dejar de serlo para vivir; los curas están al corriente hasta de las pagas que la revolución dejó de abonarles para que no fueran íntegras á manos de los carlistas, y los militares que se batieron en Cuba las reciben con retraso.

Los catedráticos son perseguidos por los obispos; anteayer Arenas, ayer Odón de Buen, hoy Dorado Montero... y ¡oh, cobardía! ni una voz poderosa levántase en defensa suya, ni una protesta colectiva lanzan sus compañeros, entre los cuales figuran republicanos y liberales de influencia y prestigio. Todos callan, sea por indiferencia, sea por temor á que la persecución les alcance. ¡Cuán lejos estamos ya de aquellos tiempos en que Laureano Calderón y Augusto Linares arrostraban el despojo, la prisión y el destierro por no transigir con la reacción que se iniciaba, lo mismo que hicieron por aquel entonces Giner de los Ríos, y el mismo Salmerón, que ahora permanecen mudos!

Al que no se confiesa á la hora de morir, se le niega sepultura; al que no se descubre al paso de una procesión, se le da un garrotazo; al que discute un punto del dogma católico, se le envía á presidio; escárnese á los protestantes é insúltase á los masones... Y todo esto se tolera por los llamados liberales, á sabiendas de que la religión sólo sirve de máscara á la política hipócrita y miserable que trata de matar el espíritu revolucionario para sustituirlo, ó con el histerismo religioso que enerva al par que pervierte, ó con el escapulario de *detente bala*, por si mañana se le escapase de la mano la influencia que ejerce hoy; política cobarde que culebrea desde el Quirinal al Vaticano, acuchilla á los estudiantes, odia la ciencia y encarcela al escritor.

Al Ejército lo están preparando lentamente para D. Carlos. Ya los soldados llevan escapularios como las *honradas masas* de asesinos de Cuenca, Olot é Igúzquiza; entre sus jefes, los hay que tocan sus condecoraciones en la momia de San Isidro, y entre sus generales, quienes cargan con pendones en las fiestas religiosas. Los soldados van á Cuba y Filipinas blindados de medallas; cuando se baten y triunfan, no es de ellos la gloria, sino de la Providencia, del santo del día. Se les regatea hasta la honra de saber morir dignamente por la patria.

El Ejército no es, no puede ser nunca carlista; se lo vedan sus convicciones, su historia, la sangre que ha derramado por la libertad; y si esto no bastare, se lo vedaría el instinto de conservación; el día que D. Carlos se viera en el trono, mandaría á su casa á generales, jefes y oficiales para co-

locar á los suyos; pero esto no quita para que se procure por todos los medios empujarle hacia la reacción por el camino religioso.

La ley se aplica hoy á capricho del partido que manda; los jueces condenan á presidio al que combate un punto del dogma ó discute un milagro; en cambio se detienen ante los conventos y los palacios episcopales; dígalos Calvo y Valero, malversador de los millones del legado de Igareda.

Los Ministerios, los altos cuerpos del Estado, las Academias, las Universidades dan contingente crecido á las fiestas religiosas, que se celebran, ora para que llueva, ora para que no; ya para dar gracias al cielo por cualquier cosa, ya para pedirle que acabe la guerra.

Del periodismo, religión de descreídos, pero gran fuerza social, ya he hablado hace días. Los espíritus rectos son tan pocos, que no pueden oponerse á las corrientes de mercantilismo que en él predominan. Entrar en un periódico, es tomar un oficio. Se defiende al que paga. ¿Acaso el peón de albañil no construye lo mismo templos que lupanares?

Abogados, industriales, comerciantes, ¡hasta los cómicos!, ¡hasta los médicos!, tienen ya santos titulares, se reúnen en cofradías, celebran fiestas y se cuelgan cintajos con imágenes y letreros: «¡hermanos de tal!... ¡hermanos de cual!», que hacen recordar á Caín. Ahora se trata de que los periodistas aceptemos por abogado á San Saturnino.

Aquí se celebra una rifa para comprar un riquísimo manto á una imagen; allá se levanta un soberbio edificio religioso con el dinero de los fieles; esta asociación prepara grandes fiestas para festejar el día de su patrono; aquella hermandad dispone una romería en honor del suyo; una comisión pide para el dote de una joven que aspira á convertirse en esposa de Cristo; otra recauda para edificar un templo; un aristócrata muere y deja por herederos á los jesuitas; una señora se encierra en un convento y enriquece á la comunidad; las hermanas de la Caridad no pueden colocar en sus coches los donativos en especie, amén de las cuantiosas mandas que reciben en dinero; los pórtigos de las iglesias son bazares donde todo se subasta; una papeleta de diez céntimos abre las puertas del Paraíso.

Y por si esto no bastare, en cuantas ciudades, villas y aldeas tiene España, lo mismo en el púlpito que en el confesonario, en la Prensa que en el Ateneo, en el taller que en el almacén, á la puerta del comercio como á la de la iglesia, se pronuncia ó se escribe esta frase: *¡Limosna para el Papa!* Y la mujer honrada al par que la prostituta, y el hombre serio á la vez que el libertino, la repiten, esforzándose por figurar los primeros en las listas de suscripción.

Se levantan conventos por todas partes, y no hay caldo en los hospitales; los hogares están perturbados por la ingerencia clerical; los padres de hijas con dote tienen que tomar precauciones para que no se las secuestren; las madres con hijas hermosas las buscan desoladas por los asilos religiosos; los seminaristas y aprendices de fraile se hallan exentos del servicio militar.

Los duendes han resucitado; las almas en pena piden sufragios; las vírgenes se aparecen; los santos curan enfermos; los endemoniados gritan en las iglesias; los misioneros preparan la guerra civil; los fieles alborotan en los rosarios de la Aurora; los curas ahuyentan la langosta y otras plagas á hisopazos y latines... Y salen todos los días apóstoles curanderos; y los ciegos cantan milagros por las calles entre mezclados con hazañas de bandidos; y se pide á Dios que retire las aguas en las inundaciones; y se bendice todo, hasta lo podrido. Pero ¿qué más? Los ladrones que mata la Guardia civil llevan al cuello tres ó cuatro escapularios; calcúlese por este dato, cuántos llevarán los que no se ponen, al habla con ella.

Y ahora que trato de esta gente, no quiero que se me pase decir que muchos concejales republicanos asisten á fiestas religiosas pagadas con fondos del Municipio.

Los jóvenes son hijos, ó de San Luis, ó de San Ignacio, ó de cualquier otro santo; las jóvenes, hijas de María, en sus múltiples advocaciones, ó del Corazón de Jesús; las hay reparadoras no sé de qué, siervas, esclavas; el asunto es tener un pretexto para echarse á la calle con el devocionario en la mano, y... Detengámonos en el dintel de la maledicencia.

No se da un paso sin tropezar con un cura, un fraile ó una hermana de la Caridad. No se recorren veinte metros sin divisar un convento, una capilla, una iglesia ó un asilo benéfico; no transcurre un día sin recibir una circular católica en demanda de limosna. Las campanillas de las casas, movidas por manos de fregatrices con toca, no dejan de sonar.

Colébranse fiestas á diario, cuándo el rosario, cuándo la novena, cuándo la procesión. Y mucho cirio, y mucho perfume; y en los ricos vestidos de las imágenes, muchas joyas; y mucho oro y mucha pedrería en los de los ministros del altar.

Hoy no se respira en esta nación más que por los pulmones de la frailetería, la clergalla y el monjío; hoy no se leen más que oraciones, relatos de milagros ó insultos á la libertad. Las mujeres no piensan en otra cosa que en acudir á los templos á oír sandeces é immoralidades, cuando no en practicarlas al salir. Los hombres, unos por hipócritas, otros por malvados y muchos por débiles, permiten que en sus anillas se introduzca la serpiente ne-

gra, aun cuando se enrosque á su fortuna ó á su honor; de ahí esas donaciones escandalosas, esas jóvenes deshonradas, esos encierros á viva fuerza en los conventos, esos crímenes contra natura, que casi no escandalizan ya á ésta que fué siempre raza de hombres viriles.

Y mientras tanto, las alhajas de los templos desapareciendo con todo lo que tiene algún valor histórico ó artístico; ideas de odio y de exterminio vertiéndose en el púlpito; coro de maldiciones resonando en los templos... Y como consecuencia lógica, un pueblo embrutecido, fanatizado, hambriento, sin conciencia de su deber ni idea de su dignidad, que contribuye á todas esas farsas con su quietismo y se deja morir cobarde y resignadamente por esas aldeas, esos talleres, esos campos.

Y al compás de esta orgía de devoción, de esta danza macabra de virtudes abominables, se pierde y se hunde cuanto constituyó siempre el orgullo de este pueblo, porque falta aquí de moralidad lo que sobra de cobardía. La misma gonzúa que sirve para forzar la caja de valores, se emplea en abrir las puertas del cielo; la prostitución dorada comienza en la alcoba la frase *¡yo te amo!*... dirigida al amante, y la termina en el templo, añadiéndole un *¡Dios mío!* Se va de Sodoma á Jerusalén en quince minutos. El diablo acompaña sonriente á pecadores y pecadoras hasta la puerta de la iglesia, y aguarda tranquilo á que salgan para cogerse á su brazo de nuevo.

Y á todo esto, los hospitales tienen que rechazar los enfermos por falta de sitio; en los asilos religiosos se roba, se baila y algo más, y en las inclusas los niños se mueren de hambre; hay ama que se encarga de tres ó cuatro y no cobra después. Y allá, en el fondo de esos tristes tugurios habitados por las clases productoras, tragedias terribles en que el hambre ejerce de protagonista.

Y los redimidos por Mendizábal, los hijos de los que derramaron su sangre por matar el predominio clerical, apenas si paran mientes en lo que nos rodea; y ven alzarse conventos á porriño; estafar el dinero á los fanáticos por todos los medios imaginables; secuestrar jóvenes de ambos sexos para llenar los conventos; apoderarse, bajo pretextos caritativos, de escuelas, asilos y hospitales; fundar asociaciones con aparente carácter religioso, pero en realidad para preparar la nueva guerra civil; correr impunemente de un lado á otro frailes y monjas con órdenes de organización y propaganda... Y callan, como si sobre ellos no hubiera de desplomarse la avalancha.

Una sola esperanza queda: que esas multitudes hambrientas y desarrapadas, por instinto más que por convicción, se alcen un día, y con el hierro curen la gangrena social, y con la tea purifi-

quen la atmósfera saturada de miasmas de podredumbre, poniendo en el fiel la balanza de la Justicia.

Si no justificaran la revolución las immoralidades de los monárquicos, la justificaría el deber en que estamos todos de romper la red que el clericalismo nos ha tendido.

UN RUEGO

En el número correspondiente al 9 de Noviembre del año anterior, rogué á los suscriptores de EL MOTIN que adelantaran el importe de la anualidad ó del semestre los que pudieran y pensarán continuar recibiendo.

En el artículo había estos párrafos:

«Es posible, si las circunstancias no cambian, que me vea obligado algún día á suprimir la caricatura y á dar sólo cuatro páginas de texto, sin disminuir el precio del periódico.

»Haré cuanto pueda, y algo más, porque este caso no llegue; pero si á pesar de mis esfuerzos llegare, compensaría con libros á los suscriptores.»

Respondieron todos los suscriptores, y yo pude salir de los compromisos de fin de año.

Hoy me veo obligado á repetir el ruego y la indicación.

A MIS LECTORES

Uno de los próximos días me harán la operación definitiva en la catarata del ojo derecho, por el que nada veo hace tres años.

¿Que por qué me expongo á esta molestia?

Por estar á punto de presentar también su dimisión el izquierdo con carácter irrevocable, lo que me impediría manejar la pluma. Escribir puedo todavía, á tientas casi, mas no leer lo que escribo ni en las mismas cuartillas.

Y hablo de esto, que de buena gana hubiera excusado, por si no pudiese enjaretar el número de la semana entrante. Así mis lectores se explicarán la causa.

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

VERDADES AL PUEBLO

IMP. DE M. GARCÍA, MESON DE PAÑOS, 8.